

vez á extinguirse; en que aquí en el mundo no quedarán relojes para medir tus horas, ni seres humanos para contarlas...

Tal pensaba yo, iluminado por la intensa claridad de la luna que parecía agigantar las sombras y rellenar los abismos al pie de los palacios emergentes del agua negra. Ese mundo vecino palpita á 384.000 kilómetros de nosotros; hasta él se transporta el pensamiento humano con ligerísimo batir de alas; á una velocidad igual á la de la luz, esa distancia se franquea en un segundo y un tercio. Volé pues, con el pensamiento hasta esa luz de lo alto, olvidándome de Venecia, del Adriático y del mundo, y me sentí arrasado hasta mucho más allá de nuestra atmósfera aérea.

I

Á TRESCIENTOS OCHENTA Y CUATRO MIL KILÓMETROS DE LA TIERRA

Parecióme en efecto que me acercaba á la pálida Febea, traspasando súbitamente la cadena inmensa de los Apeninos lunares que separa el *mar de los vapores* del *mar de las lluvias*, no lejos del meridiano central. Fueme dado reconocer, tal como infinitas veces lo había observado en el telescopio, los circos y los cráteres de Arquímedes, de Autolico y de Aristilo, y durante algunos momentos floté por sobre las escarpadas orillas del *mar de la serenidad*. Me pareció encontrar aún la huella de las aguas desaparecidas, y creí ver infinidad de cráteres abiertos mucho antes, sepultados entoncés bajo el fango de un antiguo diluvio. Como los instrumentos de astronomía nos han familiarizado de larga fecha con ese mundo vecino, y nos son conocidos ciertos detalles de la geografía lunar mejor aún que otros muchos de la terrestre, no tardé en acostumbrarme á la contemplación de las maravillas desplegadas ante mis ojos insaciables. Esos circos inmensos, esos cráteres aún abiertos, esas montañas anulares de abruptos peñones, esas crestas salvajes y peladas, esos valles profundos, esas quebra-

duras infinitas del terreno, las hemos estudiado y las conocemos á fondo. Véase allí el resultado de una actividad volcánica considerable; cráteres de tres kilómetros de profundidad, de ciento, ciento cincuenta ó doscientos kilómetros de ancho; montañas con picos de seis y siete mil metros de elevación; llanuras y riberas en las que aún se encuentran huellas de la acción de las aguas... Jamás se observa una nube ni efecto alguno de evaporación acuosa, ni condensación de vapores atmosféricos, y la misma atmósfera, si acaso existe, es de una extrema rarefacción: y sin embargo, desde que los menores aspectos de ese globo vecino han sido cuidadosamente estudiados, créese reconocer en él no tan sólo las pruebas de desplomes actuales, de variaciones geológicas en su superficie, si que también ciertos cambios rápidos en el suelo de las regiones bajas en las que la atmósfera puede estar relativamente condensada. En realidad, las condiciones orgánicas de este mundo son por completo diferentes de las del nuestro, pero no está demostrada la imposibilidad de la existencia allí, aun cuando es probable que el período vital de esa pequeña tierra celeste esté bastante más avanzado que el de nuestra patria.

Al tiempo mismo que mis miradas, deteníase mi pensamiento en la pálida figura del satélite de la Tierra, y me preguntaba á mí mismo si no era posible que en aquel mismo momento, en una antigua ciudad lunar, en el fondo de un circo ó en lo profundo de un valle, un ser pensante cualquiera, convertidos también sus ojos al cielo, contemplase en él la Tierra que habitamos, preguntándose por su parte si existen seres

inteligentes en la superficie del globo inmenso que rueda perpetuamente por encima de sus cabezas y ofrece á su curiosidad el mismo enigma que su patria nos presenta á nosotros.

En tanto que de este modo viajaba yo por el vecino mundo, el astro de las noches había descendido sensiblemente hacia el horizonte, y á cierta distancia del mismo, hacia la izquierda, pude ver una estrella brillante de claridad rojiza, lanzando rayos de fuego á las alturas celestes. Poco tiempo y menos trabajo me costó reconocer en ese astro de rayos ígneos á nuestro vecino el planeta Marte, y olvidándome de la Luna, díme á pensar en esa otra isla celeste, hermana de la nuestra, que tantas analogías ofrece con la terrestre morada.

He ahí, pensé, el planeta para nosotros más interesante, el que mejor conocemos. Gravita en torno del Sol recorriendo una órbita trazada á la distancia media de 227 millones de kilómetros del astro central. La Tierra en que vivimos recorre su revolución anual á la distancia de 149 millones de kilómetros: hay pues por término medio 78 millones de kilómetros de una á otra órbita. Precisamente en este momento pasa Marte por la sección de su camino más inmediata á la Tierra; y una feliz circunstancia es causa de que la distancia entre ambos mundos sea tan sólo en la actualidad de 60 millones de kilómetros, ya que ambos caminos no son ni circulares ni paralelos. La luz, que emplea un segundo y un tercio para atravesar la distancia entre la Tierra y la Luna, emplea doscientos segundos, ó tres minutos veinte segundos en franquear el abismo celeste que separa á Marte de la Tierra. Me

pareció que en realidad yo mismo empleaba esos tres minutos para llegar hasta allá y olvidé por completo la alta ventana de mi palacio veneciano para deleitar mi vista con la contemplación del nuevo mundo al que el vuelo de mi pensamiento me había transportado.

II

**Á SESENTA MILLONES DE KILÓMETROS
DE LA TIERRA**

Astronómicamente hablando, eso no es muy lejos: es por el contrario bastante cerca, casi en nuestra vecindad: á dos pasos. El mundo de Marte es la primera estación del sistema solar, el primer planeta con que tropieza el que se aleja de nuestro mundo para visitar las apartadas regiones del cielo. Nuestra morada pierde de modo progresivo su aparente grandeza á medida que de ella nos alejamos. Visto desde la Luna, nuestro planeta boga en el cielo como otra luna enorme, cuatro veces superior en diámetro al astro de las noches terrestres y cuatro veces más luminosas, porque, aislado en el espacio, irradia la luz que del Sol recibe, como lo hacen la Luna y los diferentes planetas del sistema solar. Desde una distancia de cerca de 400.000 kilómetros la Tierra parece aún considerable, puesto que es, poco más ó menos, cuatro veces más ancha que la Luna llena: á cuatro millones de kilómetros parece diez veces inferior en diámetro pero ofrece aún un disco sensible: á la distancia de la órbita de Marte, en las épocas en que mayor es la proximidad entre ambos mundos, vista á 60 millones